

Eso era lo peor de Ravenel Hall. Los pasillos eran largos y oscuros, las habitaciones eran monótonas, llenas de humedad, hasta los cuadros eran sombríos y sus temas funestos.

En una tarde de otoño, cuando el viento aullaba entre los árboles del parque y las hojas muertas silbaban y parloteaban, mientras la lluvia clamaba en las ventanas, no era de extrañar que la gente de nervios suaves perdiera el control. Un sistema nervioso agudo es una carga pesada en la cubierta de un barco bajo un cielo soleado: en Ravenel, la cadena de nervios era propensa a hacer sonar una marcha fúnebre.

En una comunidad de bebedores de té hay que mimar los nervios; y el fantasma al que tu abuelo, con un trago de oporto, podía enfrentarse sin temblar, te hace, en tu sobriedad, sudar y temblar; o, asustándose (¡pobre fantasma!) de tus ojos saltones y tu mandíbula caída, calma la expectativa no apareciendo en absoluto. Así que me quedo con la conclusión de que fue el té lo que hizo que mi conocido tuviera miedo de quedarse en Ravenel.

Incluso Wilvern se rindió; y como está en la Guardia y es jugador de polo, sus nervios debían ser lo suficientemente fuertes. La noche antes de que se fuera le estaba explicando mi teoría de que si colocas algunas gotas de sangre humana cerca de ti, y luego concentras tus pensamientos, al cabo de un rato verás a un hombre o una mujer que se quedará contigo durante largas horas de la noche e incluso te encontrará en lugares inesperados durante el día. Estaba explicando esta teoría, repito, cuando me interrumpió con palabras bastante insensatas.

—Creo, Alistair, querido amigo —comenzó—, que deberías salir de este lugar e ir a la ciudad, dar una vuelta por ahí; realmente deberías, ¿sabes?.

—Sí —respondí—, y supongo que me envenenarán en los hoteles con mala comida y en los clubes con malas palabras. No, gracias; y permíteme decirle que tu preocupación por mi salud me debilita.

—Bueno, puedes hacer lo que quieras —dijo él, dando golpecitos con los pies en el suelo—. ¡Me ahorcarán si me quedo aquí después de mañana! ¡Me volveré loco si lo hago!

Fue mi último visitante.

Algunas semanas después de su partida, yo estaba sentado en la biblioteca con mis

gotas de sangre a mi lado. Para entonces, mi teoría estaba casi probada, pero había una dificultad. La figura que tenía ante mí era la de una anciana con el pelo partido en el medio que le caía hasta los hombros, blanco de un lado y negro del otro. Era una anciana casi normal, pero, ¡ay!, no tenía ojos, y cuando intentaba reconstruirlos, se arrugaban y se pudrían ante mi presencia.

Esa noche estaba pensando, pensando, como nunca antes había pensado, y los ojos se me estaban saliendo de las órbitas cuando oí un estruendo terrible afuera, como si se hubiera caído algo pesado. De repente, la puerta se abrió de golpe y entraron dos sirvientas. Miraron la alfombra debajo de mi silla. Se pusieron pálidas, clamaron a Dios y se acurrucaron afuera.

—¿Cómo se atreven a entrar en la biblioteca de esta manera? —pregunté con severidad.

No recibí respuesta de ellas, así que comencé a perseguirlas. Encontré a todas las sirvientas de la casa reunidas en un grupo al final del pasillo.

—Señora Pebble —dije con agudeza al ama de llaves—, quiero que despidan a esas dos mujeres. ¡Es un ultraje!

Pero ella no me estaba prestando atención. Su rostro estaba distorsionado por el terror.

—¡Ay, ay, ay! —dijo—. Será mejor que vayamos todos juntos a la biblioteca —añadió a las demás.

—¿Soy yo el dueño de mi propia casa, señora Pebble? —pregunté, dando un golpe con los nudillos sobre la mesa.

Ninguna parecía verme ni oírme: bien podría haber estado gritando en un desierto. Las seguí por el pasillo y les prohibí entrar en la biblioteca.

Pero pasaron a mi lado y se quedaron alrededor de la alfombra de la chimenea. Entonces tres o cuatro de ellas empezaron a arrastrar y levantar, como si estuvieran levantando un cuerpo indefenso, y se tambalearon con su carga imaginaria hasta un sofá. El viejo Soames, el mayordomo, estaba cerca.

—¡Pobre caballero! —dijo con un sollozo—. Lo conozco desde que era un bebé. ¡Y pensar que está muerto así, tan joven, además!

Crucé la habitación.

—¡Qué es todo esto, Soames! —grité, sacudiéndolo bruscamente por los hombros—.

No estoy muerto. ¡Estoy aquí... aquí!

Como no se movió me asusté un poco.

—¡Soames, viejo amigo! ¿No me conoces? ¿No conoces al niño con el que jugabas? Dime que no estoy muerto, Soames, por favor, Soames.

Se inclinó y besó el sofá.

—Creo que uno de los hombres debería ir al pueblo a buscar al doctor, señor Soames —dijo la señora Pebble, y salió arrastrando los pies para dar la orden.

Ahora bien, este doctor era un perro ignorante al que me había visto obligado a excluir de la casa porque iba por ahí proclamando su creencia en un Dios salvador, al mismo tiempo que se consideraba a sí mismo un hombre de ciencia. Estaba resuelto a que él nunca cruzara mi umbral, de modo que seguí a por la casa a la señora Pebble gritando aquella prohibición. Pero no escuché ni un gemido de ella, ni un movimiento de cabeza, ni un gesto que indicara que me había oído.

Me encontré con el doctor en la puerta de la biblioteca.

—Bueno —dije con desdén, lanzándole un golpe a la cara—, ¿has venido a enseñarme algunas oraciones nuevas?

Pasó a mi lado como si no hubiera sentido el golpe y se arrodilló junto al sofá.

—Creo que se ha roto un vaso en el cerebro —les dijo a Soames y a la señora Pebble al cabo de un momento—. Lleva muerto varias horas. ¡Pobre hombre! Será mejor que telegrafíen a su hermana. Yo enviaré al funerario para que se encargue del cadáver.

—¡Mentiroso! —grité—. ¡Mentiroso! ¿Cómo tienes la insolencia de decirles a mis sirvientes que estoy muerto cuando me ves aquí cara a cara?

Ya había avanzado mucho en el pasillo, con Soames y la señora Pebble pisándole los talones, antes de que yo terminara de hablar. Ninguno de los tres se dio la vuelta.

Toda esa noche estuve sentado en la biblioteca. Curiosamente, no tenía deseos de dormir ni, durante el tiempo que siguió, deseos de comer. Por la mañana llegaron los hombres y, aunque les ordené que salieran, se pusieron a atender algo que yo no podía ver. Así que me quedé todo el día en la biblioteca o deambulé por la casa. Por la noche, los hombres volvieron trayendo un ataúd. Entonces, en mi estado de ánimo, pensando que era una vergüenza que un ataúd tan hermoso estuviera vacío, me acosté en él y dormí sin sueños, el descanso más suave que he tenido en mi vida.

Cuando los hombres llegaron al día siguiente continué descansando en total tranquilidad. El encargado de la funeraria me afeitó. ¡Qué ayuda de cámara extraño!

La noche siguiente, cuando bajaba las escaleras, noté que había un equipaje en el vestíbulo y me enteré de que había llegado mi hermana. No había visto a esa mujer desde que se casó y la detestaba más que a cualquier criatura de este mundo mal organizado. Era muy hermosa, creo, alta, morena y recta como una vara, y tenía una pasión desenfrenada por el escándalo y la moda. Supongo que la razón por la que me disgustaba tanto era que tenía la costumbre de hacer que uno se diera cuenta de su presencia cuando estaba a varios metros de distancia.

A las nueve y media mi hermana bajó a la biblioteca con un abrigo muy encantador, y pronto descubrí que era tan insensible a mi presencia como los demás. Temblé de rabia al verla arrodillarse junto al ataúd, mi ataúd; pero cuando se inclinó para besar la almohada perdí el control.

Un cuchillo que había sido usado para cortar cuerda estaba sobre una mesa: lo agarré y se lo clavé en el cuello. Ella huyó de la habitación gritando.

—¡Ven! ¡Ven! —gritó, con la voz temblorosa de angustia—. El cadáver sangra por la nariz.

Entonces la maldije.

La tarde del tercer día cayó una fuerte nevada. A eso de las once observé que la casa estaba llena de negros y brutos y gente del condado que acudían a las exequias. Entré en la biblioteca y me quedé sentado, esperando. Pronto llegaron los hombres, cerraron la tapa del ataúd y lo sacaron sobre sus hombros. Y aun así me quedé sentado, sintiendo con tristeza que me habían quitado algo; no podía recordar exactamente qué.

Tal vez durante media hora, soñé; y luego me deslicé hasta la puerta del vestíbulo. No quedaba ni rastro del funeral; pero al cabo de un rato vi un hilo negro que se enroscaba lentamente sobre la llanura blanca.

—¡No estoy muerto! —gemí, y me froté la cara con la nieve pura, y la arrojé sobre mi cuello y cabello—. Dios mío, no estoy muerto.